Artillería

Finaliza un capítulo de 20 años de la guerra de Afganistán

El 11 de septiembre de 2001, aviones comerciales 747 de American Airlines, fueron estrellados, en un ataque terrorista inédito, contra las icónicas Torres Gemelas, de 110 pisos, en Manhattan, Nueva York, y contra el edificio del Pentágono en Washington DC. La identidad de los verdaderos culpables se oculta en la maraña de un sinfín de conjeturas. Hoy, después de 20 años se retiran las tropas estadounidenses y de la OTAN de Afganistán.

***Correo del Orinoco* y el Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual del Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores, ofrecen puntos de vistas de sus profesores, investigadores y analistas sobre esta guerra sin fin.**

F/ Cortesía

Suplemento del
CORREO DEL ORINOCO
Lunes 6 de septiembre de 2021 • Nº 528 • Año 9 • Caracas

El último soldado

T/ Francisco Rodríguez
F/ Cortesía

Veinte años después de la declaración de guerra al terrorismo tras los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York (2001) y la invasión a Afganistán que siguió para eliminar la amenaza que se dijo, representaba Al Qaeda aliada del Talibán; la imagen del último militar estadounidense caminando por la pista hacia la rampa del avión para despegar del aeropuerto de Kabul, apartando el aire teatral, encierra gran significación simbólica. A los aliados les deja la lección que la superpotencia imperial está muy lejos de ser invencible y el escudo protector estadounidense puede resultar inseguro.

LECCIONES

A lo largo de la historia, las formas políticas representadas en los imperios pasan por etapas que van de su génesis, al ocaso y los libros de historia. El primer momento comprende el ascenso y definición como imperio, lo cual envuelve el fortalecimiento del poder militar y económico, pero también una ideología imperialista que forja una imagen y elabora visiones que justifican la pretensión de dominación en ciernes como portadora de una civilización, la cual dice encarnar y debe preservar en el tiempo. Un buen ejemplo es el poema titulado la Carga del Hombre Blanco del escritor inglés Rudyard Kipling que elogia al imperialismo británico como portador de civilización ante la barbarie de pueblos lejanos. El segundo momento atiende a la circunstancia de proyección como superpotencia capaz de ejercer la dominación y hegemonía imperial en el sistema internacional, para lo cual despliega el aparato militar, diplomático y económico que asegura la superioridad del poder unipolar y un sistema de alianzas estables. El tercer momento abarca el ocaso o declinación imperial, en el cual, la historia muestra que ocurre como lenta agonía, una suerte de montaña rusa con picos de subida y descensos que traducen escaladas de conflictos, victorias con no pocas derrotas e intentos por recomponer la hegemonía debilitada, llegando incluso a ceder frente a los aliados menores acogiendo el principio de *primus inter pares*, (el primero entre los iguales) ante la aparición en escena de otros poderes estatales o cuasi –estatales que insurgen contra aquél orden imperial impuesto.

EL IMPERIALISMO DEL SIGLO XX QUE HACE AGUAS EN EL XXI

En un sistema internacional capitalista adentrado en su fase industrial y perfilando la financiera, Estados Unidos emprendió a mediados del siglo XIX la marcha para emerger como potencia con vocación imperial en el concierto mundial. Para ello contó con el enunciado de la Doctrina Monroe (1823) cuyo postulado *América para los americanos y el destino manifiesto* sirvieron de justificación a la expansión y guerras con México (1846-1848) tras la cual, se anexó grandes extensiones territoriales hasta fijar la frontera en el Río Bravo; y la guerra hispanonorteamericana (1898) que proyectó su influencia y luego dominación en el Caribe, anexando a Puerto Rico y estableciendo en la práctica un protectorado sobre Cuba. Refiriéndose a Latinoamérica y el Caribe con el infeliz término *patio trasero*, se implantará en la región la práctica imperial del *Gran Garrote* y la *Diplomacia de las Cañoneras* que vivieron en carne propia los países centroamericanos. Así, el interés estratégico de la superpotencia imperial liquida el ejercicio efectivo de soberanía de los demás Estados. A una distancia de casi un siglo, en 2013 el Secretario de Estado Jhon Kerry lo confirmó al afirmar que la región era el patio trasero descuidado, al que había que acercarse y hacer que cambiaran de actitud, en clara referencia a los gobiernos progresistas y de izquierda que se formaban y otros que se consolidaban: Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia, Ecuador y Brasil estaban en la mira.

Luego de la llamada etapa del *aislacionismo* estadounidense en política exterior que en realidad es una falacia; en plena Segunda Guerra Mundial (1939-1945) Estados Unidos emergió como superpotencia promoviendo la ONU como garante de la paz y seguridad internacional y promoviendo un amplio sistema de coaliciones, en el cual se colocaba como el eje axial de un mundo liberal, democrático y de libre mercado. La Carta Atlántica (1941) selló la alianza perdurable hasta hoy día con Gran Bretaña con la cual, por cierto recientemente suscribió la Nueva Carta Atlántica (2021).

Las conferencias de Yalta, Postdam y Teherán (1943-1945) de las que fue artífice, dividieron el mundo de posguerra que surgía atravesado de punta a punta por el Conflicto Este-Oeste, en áreas de influencias demarcadas y alianzas militares presuntamente defensivas que adoptaron nombres según las áreas geográficas: OTAN en Europa, ANZUS en el Pacífico Sur; SEATO en el sudeste asiático y el TIAR en América Latina. Otro tanto ocurrió en el ámbito financiero y comercial con la Conferencia de Bretton Woods (1944) que estableció la arquitectura financiera internacional sobre la primacía del dólar y la institucionalidad del Banco Mundial (1944) y el Fondo Monetario Internacional (1945). También la Conferencia de la Habana (1947) que diseñó las reglas de juego en materia de comercio, tarifas aduaneras, aranceles y empleo. La misma de la cual nacería poco después, el GATT con sus sistemas de rondas y tras la Conferencia de Marruecos, la creación de la OMC (1995) como expresión de una globalización que beneficiaba claramente a Estados Unidos y unos pocos más que después llegaron a formar el G-7. Estados Unidos poniendo en práctica los preceptos de la *realpolitik* en un sistema internacional unipolar, tras la caída del Muro de Berlín (1989) campeó a su antojo con muy pocas cortapisas durante varias décadas, hasta que China, Rusia, Irán, Venezuela, Cuba y varios más por distintos caminos cuestionaron ese ejercicio imperial omnipotente y reclamaron el multilateralismo, la efectiva independencia y autodeterminación de los pueblos. Se volvió entonces revolucionario y desestabilizador que el Movimiento de los No Alineados (MNOAL) y el Grupo de Amigos en Defensa de la Carta aboguen por el desarrollo del contenido y derechos de la Carta de Naciones Unidas como fundamento de la paz y seguridad internacional. La *pax imperial*, no es la paz mundial.

EL EPÍLOGO

La lectura de la declinación imperial estadounidense genera no pocos y encendidos debates entre investigadores e intelectuales. Unos la pronostican como un hecho, otros no tanto y algunos están en desacuerdo. Como sea, hay señales de cambio sumando el catalizador de la pandemia por COVID 19. El epicentro se refleja en la tensión entre mantener el eje Atlántico como centro de gravitación geoestratégica mundial con Estados Unidos de superpotencia o su desplazamiento al Pacífico con China y Rusia como protagonistas.

El choque de trenes lo escenifican dos propuestas que compiten por ser soportes de la gobernanza mundial: la *Ruta de la Seda* propuesta por China (2013) en alianza con Rusia, la cual descansa en una compleja interconexión de infraestructuras terrestres y marítimas a lo largo de una red de corredores estratégicos formando el bloque euro-asiático ó la reciente iniciativa promovida por el presidente Joe Biden bautizada *Volver a Construir un Mundo Mejor* en alianza con el G-7, proyectando una inversión pública y privada de 30 billones de euros entre 2021 y 2035 en Africa y Asia principalmente. Buena parte de las tensiones y conflictos internacionales más conocidos están alimentados por esta confrontación en Siria, Crimea, Turquía, Irán, el Mar de China Meridional o bien, la desestabilización de gobiernos y reciente tercerización de conflictos en América Latina propiciada por Estados Unidos. A la par, una suerte de cruzada en línea con un mesianismo practicante y la visión de lucha entre el bien y el mal recorren el mundo.

En América Latina y el Caribe, la propuesta pendiente de la Cumbre CELAC-China (2015) para promover inversiones en infraestructura y programas de desarrollo por 220 mil millones de dólares ha quedado en suspenso. A cambio en 2020 Estados Unidos propuso el programa Crece con América, iniciativa del presidente D Trump consistente en libre comercio, inversión privada en infraestructura en la región, acceso al mercado estadounidense y apoyo en materia de seguridad y defensa. Controlar el patio trasero insumiso es el objetivo de seguridad imperial. Mientras el avión militar se aleja bajo el cielo de Kabul.

El 11/S/2001, la seguritización y el mundo de hoy

> La guerra moderna destruye con el máximo de eficiencia y el máximo de indiscriminación, y en consecuencia, implica injusticias mucho más numerosas y mucho más graves que las que se pretenden enmendar".
> **Aldous Huxley**

T/ Franklin González
F/ Cortesía

EE.UU. en su ontología, en su razón de ser como nación, siempre ha necesitado de la existencia de un enemigo. Hasta 1989 ese enemigo estaba claramente ubicado y establecido. Existía desde la conclusión de la II Guerra Mundial. Se llamó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Pero acontecimientos sobrevenidos en un modelo societal con grandes limitaciones y desviaciones interna, más las estrategias de quien en el campo internacional le hacía la competencia por la hegemonía mundial, produjeron una implosión de esa gran nación que se derribó como "castillo de naipes".

Se quedaba EE.UU. sin ese enemigo. Era necesario construir otro. Con el 11/S/2001 aparece el enemigo sustituto- el terrorismo-, muy difuso y sin un rostro claro.

EL 11/S/2001

Ese día las Torres Gemelas fueron atacadas, un avión se estrelló contra el Pentágono y otro en un campo de Pennsylvania, lo cual generaría una conmoción y un rechazo casi unánime del mundo, desatándose el nacionalismo estadounidense. Fue considerado en su momento el acontecimiento más determinante -y doloroso- desde Pearl Harbor, aquel sorpresivo ataque de los japoneses en el Pacífico-, que algunos lo calificaron como el casus belli para que Estados Unidos se involucrara de lleno en la Segunda Guerra Mundial. El 11/S va a propiciar la guerra más larga de este país en la historia.

Se informó que jóvenes y personas de todas las edades acudían a las unidades de reclutamiento para alistarse, porque querían luchar para defender el país, la "tierra de la libertad", y vengarse de los impíos. Incluso se comentó que existían habitantes del mundo, que no eran admiradores de todo lo que hacía Estados Unidos, pero que el momento requería de ellos para apoyar a esa nación.

Al mundo se le puso en un dilema: elegir entre el Estado de derecho, de la democracia con elecciones libres y justas, con el debido proceso, la igualdad de género y con educación universal ("Eje del bien") o elegir a quienes, sin sentimiento alguno, estrellaban aviones contra edificios, apedreaban a la gente hasta la muerte, practicaban la homofobia y la misoginia, negando los derechos de las niñas ("Eje del mal").

Así se veía entonces y la escogencia estaba clara.

LA SEGURITIZACIÓN

Después del 11/S, EE.UU. pondrá en marcha la política de la seguritización a través de la llamada Ley Patriota, aprobada el 24/10/2001, la cual permitió ampliar los poderes policiales del Gobierno de Estados Unidos y lo autorizó a suspender todos los derechos individuales, recabar información de inteligencia en el exterior, aplicar sanciones comerciales, realizar el espionaje financiero en cuentas bancarias privadas de cualquier individuo sospechoso, tanto en Estados Unidos como en el exterior, levantar el secreto bancario, establecer restricciones para viajar a ese país y limitar la permanencia en el mismo de extranjeros.

Desde ese momento el discurso de la seguridad está normalizando las formas de hacer política internacional para las que tradicionalmente se había reservado un carácter extraordinario, excepcional o de emergencia. La seguridad dejó de ser para momentos excepcionales (Carl Schmitt) y se convirtió en la "normalidad" de la tecnología del poder.

Por tanto, para tener seguridad se hace la guerra en nombre de la humanidad. Se postula que el enemigo no es un enemigo real con quien es factible negociar luego de haberlo debilitado, sino se trata de un enemigo absoluto al que es necesario eliminar. Desde entonces las guerras no son "limitadas" sino "guerras de exterminio", entendida como la guerra general contra el terrorismo. Sus agentes (yihadistas) son seres inhumanos que deben ser exterminados y con ello se da y garantiza vida. La muerte de unos para la vida de todos (La biopolítica).

Además, la seguritización es una realidad que trasciende los aspectos tradicionales de la seguridad vinculados estrictamente a lo militar. Ahora se habla de la "seguridad societal, en los términos planteados por la "Escuela de Copenhague", referida a situaciones en que las sociedades perciben una amenaza en términos de identidad.

Frente a esos y a los otros ataques terroristas, el discurso al unísono es el mismo: la utilización del miedo y el cinismo con respecto a la seguridad.

En nombre del combate el terrorismo se asesinaron a Saddam Hussein, Muamar Khadafi y Osama Ben Laden, todo ello bajo el "principio" de que la muerte de unos garantiza la vida al resto del mundo.

Las consecuencias de esa política están a la vista. Muertes e incremento del odio contra EE.UU, por doquier, no sólo en casi todo el mundo islámico.

EL MUNDO DE HOY

El mundo de hoy no es el mismo de hace 20 años. Los sucesos del 11/S convirtieron a EE.UU. en el único centro hegemónico. Invadieron el 07/10/2001 a Afganistán buscando exterminar al terrorismo y fueron aclamados en casi todo el mundo, aunque el editor jefe de WikiLeanks, Kristinn Hrafnsson, afirma que todo eso fue una "gran mentira" que solo benefició al complejo industrial militar gringo y a los contratistas privados.

La salida militar gringa de Afganistán pareciera ser el cierre de un ciclo para el EE.UU-OTAN y ello debería significa el mensaje de que los tiempos de la unipolaridad llegaron a su fin. Se impone entonces una nueva realidad: la presencia de relaciones multipolares porque lo de China y Rusia no son cuentos de caminos.

Sin embargo, en su lucha por no perder espacios, EE.UU. aletea muy fuerte y aún sigue siendo hegemónico en el mundo no tanto por su poderío militar y por el dólar, sino por su domino cultural y mediático. Genera su propia narrativa, la difunde y el mundo termina creyendo que eso es la verdad.

Así siempre aparecen como ganadores aunque hayan perdido. Para eso han tenido a Hollywood y ahora, además, tienen a las redes sociales. Construyen posverdades y Fake news y más de un ingenuo termina creyendo esa narrativa.

Ahora han puesto como tema central del debate mediático los horrendos crímenes que cometen los Talibanes, quienes no están haciendo nada distinto a lo que han hecho en años. Fueron ellos la "fuerza de choque" utilizada por EE. UU. para combatir la intervención soviética en Afganistán. Pero resulta que ahora todo lo que hacen es horrible -que lo es, por supuesto-, pero en 20 años de intervención gringa esa no fue la narrativa y quienes con su cinismo a máxima expresión callan ante lo que ocurre en Arabia Saudita, Los Emiratos Árabes, Kuwait, donde sus gobiernos cometen horrores contra las mujeres y población civil indefensa.

El 11-S yo vi la humareda brotar del Pentágono

Al principio creí que se trataba de un accidente en la estación venezolana de servicios Citgo, ubicada en el lugar; pero no: era el Departamento de Defensa de Estados Unidos, el centro militar más importante del mundo, envuelto en llamas

T/ Nelson Rodríguez A.
F/ Cortesía

Iba, a las nueve y veinticinco minutos de la mañana, por la autopista 395 en dirección Virginia-Washington. Cuando faltaba un par de kilómetros para llegar a mi sitio de trabajo en Georgetown, de repente me vi prisionero en un inusual cuello de botella de autos de todas las marcas y colores que se incrementaba obstinadamente. Como por acto reflejo viré la mirada hacia la izquierda, persuadido por la señal que hacía una dama con el dedo índice de la mano derecha. "¡Mira!" le ha debido decír a otra dama que conducía el Jaguar blanco en el que se trasladaban hacia la capital estadounidense, separado a un auto de por medio de mi miniván Nissan Quest, color verde aceituna. Ambos ––quizá al unísono–– vimos hacia el otro extremo de la autopista siguiendo el curso hasta el sitio que indicaba el dedo de la dama. Infiero que sufrimos el mismo impacto emocional al ver la espesa humareda negra, intensa, que a manera de borbotones emergía veloz, *in crescendo*, desde el edificio poligonal de cinco puntas en su arquitectura. Se trataba del Pentágono, el centro militar más importante del mundo. Era día martes 11 de septiembre de 2001.

DE ESTO HACE 20 AÑOS

A esa hora no acostumbraba, en mi rutina diaria, vía al trabajo, escuchar por radio las noticias de la mañana que ya había visto en casa en los programas de televisión. Prefería oír uno que otro concierto musical de mi colección de CD. Sin embargo, ante lo que estaba presenciando, cambié el reproductor por el dial de la radio con las noticias frescas. Allí me enteré de la tragedia y de la confusión que este hecho había ocasionado, porque en Nueva York el escenario era alarmante. Tres aviones de pasajeros (747) habían sido estrellados contra las torres gemelas, provocando el desplome de gran parte de la estructura de más de 110 pisos y 417 metros de altura, una de las más altas del globo, equiparables a Las Petronas de Singapur, Malasia; imponentes por su altura en la manzana del World Trade Center en pleno centro de Manhattan. Se hablaba de miles de muertos y miles de heridos y desaparecidos. Los periodistas se esforzaban en sus aventuras de ofrecer las noticias más atrayentes a sus audiencias. Se atribuía la situación a propósitos del terrorismo del Medio Oriente y desde entonces el mundo se sumergió en un sinfín de especulaciones entre las que estaba presente la figura de Osama Bin Laden, el terrorista hacia donde apuntaban todas las mentes a escala universal. Igual se hablaba de los talibanes de Afganistán. Desde entonces se produjo una especie de repulsión de corte xenófoba contra todo lo que semejase al Medio Oriente.

ALLÍ COMENZÓ LA HISTORIA PARA MÍ

Al llegar al trabajo, las actividades estaban prácticamente paralizadas. Solo se hablaba del atentado terrorista. Los compañeros de labores trataban de establecer comunicaciones con familiares y amigos y hacían aportes a lo que se conocía por las noticias de radio y televisión, cuyos redactores se debatían en una puja por convertir sus insumos noticiosos en mejor gancho informativo para que sus audiencias no cambiaran de dial.

Era presidente George W. Bush (1946), hijo del también expresidente de Estados Unidos George Bush (1924-2018). Ante la tragedia jamás ocurrida en suelo estadounidense ni en algún lugar del globo, Bush hijo emitió la orden ejecutiva que autorizaba el programa de vigilancia del presidente (President's Surveillance Program) que facultaba a la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) a espiar las comunicaciones entre sus sospechosos de actividades terroristas. Recuerdo haber visto al presidente en una transmisión televisiva durante la cual dijo, en medio de sus complejas tribulaciones: "Sáquelos de debajo de las piedras si es necesario".

Era un caso extraño por las condiciones en las que ocurrieron los hechos: aviones comerciales de la línea bandera nacional estadounidense American Airlines se habían estrellado en un especie de haraquiri contra las conocidas torres gemelas de la ciudad de Nueva York, edificios icónicos de la arquitectura estadounidense, con varios premios internacionales, diseñados por el arquitecto japonés-estadounidense Minuro Yamasaki.

UN MUSEO PARA LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

El arsenal bélico dejado por Estados Unidos al abandonar en días pasados su dominio en Afganistán es cuantioso. Y no habría motivos para negarlo conociendo la parafernalia que implica un movimiento de tropas tan aparatoso como el que emplea EE.UU., incluso cuando realiza ensayos estratégicos amistosos.

Ha trascendido la información de que a los invasores del Norte, en su abandono de Afganistán, un pueblo relativamente pequeño si se compara con el suyo, se le quedaron 2000 vehículos blindados, 40 aeronaves, muchos drones militares, varios helicópteros blindados Super Blak Hawk, millares de fusiles de todo tipo de calibre y millones de municiones.

En una reflexión realizada en su espacio de la web de Telesur, Atilio Borón advierte que tanto los talibanes como los vecinos de Afganistán saben lo que hierve dentro de esa olla del lapsus de Joe Biden, presidente de Estados Unidos, *al dejar sus juguetes en territorio afgano.*

Como se trata de un abundante material bélico "abandonado", tal vez no sería conveniente destruirlo ni venderlo. Los afganos tendrían la gran oportunidad de mostrarlo al mundo filmando un inteligente e ingenioso documental cinematográfico con las estadísticas de los horrores de ese paso de los estadounidenses por allá. Esa película recorrería el mundo en distintos formatos, bien proyectada en salas universitarias, en sindicatos y organizaciones laborales del mundo…

Además, con todo ese arsenal podrían muy bien crear un museo del invasor que se constituiría en uno de los centros de atracción más importantes del mundo, de acuerdo con el montaje que haga. El lugar donde se edifique, sin duda, se constituiría en un centro de atracción universal. Con toda seguridad.

Ojo, no para influir miedo, por ese alto y sofisticado poderío militar, sino para todo lo contrario: servir de puerta al mundo, para desenmascarar los horrores de un imperio que debe reconocerse en la estela nada ejemplar —por lo soez— dejada del Imperio romano.

Lo demás se lo lleva el viento o queda en páginas de libros, pero esto no. Está allí para las generaciones futuras de la humanidad, patentizando al mundo esta parte cruel de la historia.